



Los Eternos Lauros Del Poeta

*Nació hace cien años. Los poemas que legó a la posteridad, fueron escritos: dice
¡olvidados!, pero de bellas en sublime, que son perennas, perennas como la eterni-
dad del Universo...*



Carlos Pezo Véliz.

Era reata por el padre:
Vino por su progenitor.

Extremecase el vicio
Santiago de hacer un siglo,
cuando su madre le dio a
luz, bajo el estruendo de la
furia que martirizaba los
huérfanos, heados de la
humida vivienda, y los ca-
jos se entrecruzaban en
los cielos ennegrecidos, en
terribles parábolas de
lamentos jerárficos que
parecían presagiar un des-
tino de abstracción para el pe-
queño que venía al mundo.

Nació el 21 de julio de
1879, en pleno invierno,
duro y cruel, como el in-
vierno sin fin que había de
ser su vida. Un invierno
a prolongarse penumbroso
de ruidos... de dolores, de
solitudes, de hambre y
rumbos sin destino.

Un invierno, suplemen-
tario, "cortado" en la esta-
ción ferroviaria, depen-

diente en las brujas, ca-
pota en una algarra de
barrio pobre, se educó
como bueno. Cada libro, ca-
da periódico, o una hoja tri-
nada en la calle, abierta so-
bre su mente inquieta una
fascinante atracción.

Budó también en las au-
das —siempre a medida de
sus fuerzas— la luz del sa-
ber y su alma inquieta se
envisajaba más y más, in-
saciablemente.

Intiguitos, por el tibi-
ción de la vida, se desiza-
ron su infancia y luego su
juventud.

Asociado por las necesi-
dades, santo plaza de sol-
dato en el Ejército, pero
aquello no era para él. Su
espíritu, rico en inquietu-
des y siempre expansivo,
no soportaba tales discipli-
nas y abandonó las filas ur-
dia después también San-
tiago, atraído por los bus-

lones panes viciados, en-
donde comenzarían a na-
cer sus espigas perennas.

Y de allí, al viento puerto,
la sue adorable Virgínia,
tan sólo un paso.

Emergen, entonces, en
lontananza, los años 900,
salmos, romances, a
voces con perfumes de
rocos, como hechos por
Dios para regalo de poetas
solitarios.

Y allí estaba Carlos ra-
paz Véliz, pobre, ham-
briento, poeta y soldado.

Pronto su alma doliente
divulga un tanto al toque
magico del balsamo del
amor, y el joven viste can-
tado a una, cierta belleza que,
embarazada entre jergones
y madreseñas, solaba
sus ojos de lleno sobre el
muchacho, cuando en pre-
senciosos bermeos le miran
pasar desde el balcón.

And le nota y también amó
el poeta.

Porque no hay poeta sin
amor.

¿Y cómo se llamaba esa
diosa?

Nunca lo supimos. Qui-
zas Blanca Apucna, qui-
zas Dolores o María Encar-
nación, que así de bellos
eran los nombres de ellas
en el ayer.

Descienden besos muer-
tos entre las arañadas
frendas que fascinado
recoge el poeta y los retru-
na transformados en rosas
y margaritas hechas de
versos y madrigales.

Hacia el bajo, las olas en
volutas rumbos sus pe-
sares.

Plan areales y dudosos su
última plagaria al sol y flo-
ren los poderes en los re-
manes del estero, mien-
tras las glándulas bendi-

en los años un manto sin-
torso trezado con mil
choclos, apogios sobre
los dos estomacos.

Peró estaba escrito en el
romance de su destino,
que el poeta vagase solo,
siempre solo. Era pobre:
¿Qué podía ofrecer a aque-
lla niña, fuera de sus ver-
sos?

Tras el empuje, claro y
tíbio amanecer de amores
en su alma, cerró la no-
che del desaliento, de la
desesperanza.

El desaliento y la unes-
peranza, junto con el
dolor y la miseria, fragua-
ron en su alma, atormen-
tada la más sublime ex-
presión de su pluma.

Marcha el flepico, y si no
la fortuna, al menos un ha-
bito de buena suerte acota
alrededor de Pezo Véliz.
Para él, que nunca tuvo
nada, que nada tenía,
mucho fue que lo nombra-
sen "preceptor" de Litera-
tura Castellana en un cole-
gio inglés. Duro poco allí.
Cores amigos le consiguen
la Secretaría Municipal
de la por entonces belu-
cente comuna de Villa del
Ma.

En las tertulias litera-
rias, sus versos eran es-
cuchados con pasión.

Aumentaba el número
de relaciones que le au-
caban. Pudo entonces ha-
cerse, no diremos de una
residencia, sino de una ga-
lita que por la humedad y
vicio estuvo al alcance de
sus recursos incipientes.

Ya tenía donde destaa-
lar. Sus sueños sobresal-
tados en los tramvías, ha-
bían terminado, porque no
hay razón para olvidar que
sus duros aprietos fueren
su lecho, si bien se rebaja-
ban algún manto que

le dejaban, los siempre
bondadosos y solitarios
unidades, a quienes de-
leitaba con sus tristes be-
mas de amor desesperado.

Nunca pensó y hie cas-
sido la fama que.

Período y fin del Apogeo
pehio.

Si ya como comedia,
El poeta descanó y los
muertos valen su sueño.

De súbito, sordos reum-
bros empujan de las en-
trañas de la fama.

Salvándose, que luego
crecen en horribles, cru-
dos que abren espantosas
fuerzas vomitando fuego y
muerte.

Llamados en el mar, oyen
ellas irán unidos bello.
Llamados en los bosques
y en la ciudad.

El inacabado, bambuco
del terremoto de 1906
destroza en mil alitas la
espeja nocturna, y sus
condesas con los gritos de
agonía y dolor de millares
y millares de seres que cla-
man a Dios por misericor-
dia.

Describiéndose los muer-
tos y las jechumbres. Los ór-
tanes vomitan gases de
azufre.

Todo es torca de terror
muerte y desolación.

El poeta yace acostado
por los escombros de la
que fue su vida viviendo.

A los dos días, le resca-
tan las ambulancias y la

fección a hospital, muy mal
herido.

Ya no volverá a caminar,
libre, por las calles ni por
los verdes y tortuosos sen-
ceros de los bosques y
cerros de Villa y del puer-
to.

Mares insubstanciales ha-
cen presa de sus huesos y
de sus lapidadas carnes,
como si aun fueren pocos
los jirones de su alma.

Por dos largos años, ha-
bría de perdurar un
triste deambular por ho-
pitaes en busca de un an-
vicio que jamás encontré.
Como pudo, se trasladó
hasta la capital, para inter-
mitir en una sala común
del San Vicente. Y allí dor-
mía y dormía "para esperar
la tristeza" como decía
en sus versos de "Tarde
en el Hospital", y soñar y
soñar.

Era fugitiva la tarde de
aquel 21 de abril de 1908.

Cesó el viento del cielo
que daba quites por el sedo
que llenó entre sombras
crepusculares y llegó la
noche. La noche, otra
vez.

Arrullaron los límites de
su sueño eterno los que-
dos y lamentos de aque-
llos, sus compañeros de
poder en el hospital, que se
aprestaban a formar un
corajo de material al poe-
ta muerto.

Alberto Hermosilla Serrano

Los eternos lauros del poeta [artículo] Alberto Hermosilla Serrano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hermosilla Serrano, Alberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los eternos lauros del poeta [artículo] Alberto Hermosilla Serrano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile